

TESTIMONIO

MEMORIAS DE MAURICIO GONZÁLEZ: MÉXICO Y ALTA CALIFORNIA EN EL SIGLO XIX *

Antonio CORTIJO OCAÑA
University of California

Quizá uno de los episodios de mayor interés tras la independencia mexicana en la historia del siglo XIX, sea la suerte de la Alta California hacia mediados del siglo. La región, de escasa población y objeto de mira de los intereses estadounidenses, se debate entre lealtades y rencores hacia la metrópoli mexicana, animadversiones y frustraciones hacia el sentir mexicano y dudas y esperanzas respecto a los vecinos anglosajones del norte. A todas luces la independencia mexicana de España no hizo sino impulsar los ideales separatistas de los habitantes de la región. Separados por miles de kilómetros y en contacto esporádico y muy difícil con la patria mexicana, pronto se vislumbraron dos ideales políticos contrapuestos en sus habitantes: el de quienes juran fidelidad a la patria, México, y el de quienes apuestan por una independencia de espíritu californio. Por medio, claro está, queda también el empuje estadounidense, que desde Sacramento de un lado y por medio de la costa, desde el norte, de otro, pronto estableció, sin lucha alguna, un área de influencia económico-mercantil que a la postre se sabría aprovechar del sentir independentista de los habitantes de la Alta California.

El documento que editamos ahora, por primera vez, revela claramente cuál es la verdadera situación del momento. Se ambienta en la década de los años cuarenta, en la guerra civil entre

* El presente artículo ha sido posible gracias a la generosa ayuda de UC MEXUS, "The University of California Institute for Mexico and the United States", que nos ha ofrecido la posibilidad de realizar la labor de archivo en la Bancroft Library de la University of California, Berkeley. Agradecemos a Cristina Guardiola su amable ayuda.

los intereses mexicanos y los californianos. De una parte Castro y Alvarado; de la otra, los "patriotas" mexicanos encabezados por el general Micheltorena y Sutter, con sus contingentes de extranjeros e indios. Para complicar una situación que es más una guerra civil que una lucha imperialista, soldados de origen hispano-mexicano están presentes en ambos bandos. Viejas rencillas, viejos odios, supremacía regional frente al poder centralista, se dan la mano en la contienda.

Mauricio González fue hijo del teniente Rafael González, primer administrador de la Aduana de la capital de la Alta California, Monterrey.¹ Su padre fue también comisario de California durante parte del mandato del gobernador Figueroa. Las crónicas de la época le retratan como "parlanchín, analfabeto, de buen natural". Estuvo casado con una hija del "sangrador" Castillo, y de los dos se decía que estaban "strongly prejudiced against most of the Californians who ruled the country or influenced events therein within the last ten years preceding its anexation to the U.S.". Su hermana estuvo casada con el teniente José María Castañares, uno de los primeros oficiales de Micheltorena en la lucha civil del momento. Bancroft en su *History of California*, v, p. 760, indica que fue nombrado guarda de la Aduana de Monterrey en 1829, aunque no llegó a California (desde México) hasta 1840. "In '77, living at Monterrey with his wife, the daughter of Manuel Crespo, he gave me his *Memorias* and a collection of Papeles Originales that had belonged to his father; still living in '85", de lo que deducimos que se casó en segundas nupcias.

Sus *Memorias* consisten en un dictado escrito tomado por Vicente Perfecto Gómez a instancias de Hubert H. Bancroft, como parte de tantos documentos recogidos para la monumental *History of California* del último. La fecha en que se tomó el dictado y se transcribió el relato oral es entre el 20 de abril y el 16 de mayo de 1877, 30 años después de la fecha en que tuvieron lugar los sucesos relatados (1842-1846). El documento está traducido al inglés, probablemente por Thomas Savage, que también escribió una pequeña nota biográfica en las dos primeras páginas. Mauricio González relata sucesos relacionados con su asociación con Micheltorena, la batalla del fuerte La Natividad, la ocupación es-

¹ Conservé y unifiqué "Monterrey". Es topónimo del siglo XIX y en los documentos alterna "Monterrey" y "Monterey" aunque no hay razón para usar el topónimo en inglés que se usa hoy en día, pues los textos se refieren a la ciudad hispano-mexicana del siglo XIX.

ladounidense, noticias referentes a la familia Soberanes (Félix), donaciones de tierras y población indígena en California.²

La ficha bibliográfica de la Bancroft Library indica que existe copia del original en castellano, es decir, del dictado. Sin embargo, no hemos sido capaces de dar con ella. En su lugar ofrecemos la traducción del documento original, que abarca las pp. 3-23 y aborda los sucesos conducentes a la derrota del general Micheltorena en Cahuenga, en el valle de San Fernando. Las notas dan idea extensa de la identificación de los personajes que aparecen mencionados, topónimos y fechas en que acontecen los sucesos narrados.

PARTE I: MAURICIO GONZÁLEZ
Y LA RENDICIÓN DE MICHELTORENA³

Cuando llegué a La Soledad⁴ en la mula con la que había hecho el camino tenía fiebre palúdica y me dirigí a un almiar para descansar un rato, sin percibirme de una osa domesticada que cer-

² Nada más sabemos del entrevistador, Vicente Perfecto Gómez. Sí es mucho lo conocido sobre Savage, que trabajaba febrilmente en la década de los setenta para la *History of California* de Bancroft. Hasta 182 documentos pertenecientes a la *Bancroft Colletion* de historia californiana se relacionan con su nombre, en la mayoría de los casos como transcriptor y traductor.

³ En el presente artículo sólo editamos parte del documento original, correspondiente a los sucesos de la lucha y derrota de Micheltorena (pp. 3-32 de las *Memorias* de Mauricio González, Bancroft Library, University of California, Berkeley, BANC MSS C-D 91). Agradecemos al personal de dicha biblioteca y a su director, Charles Faulhabes, su amabilidad, así como el permiso que nos ha otorgado para editar las *Memorias*.

⁴ Se trata de misión La Soledad, todavía hoy existente, situada en el extremo sur del actual condado de Monterrey. Al sur quedan las tierras de la California central, de camino a San Luis Obispo, y, con anterioridad, la misión San Antonio de Padua y la misión de San Miguel Arcángel. Al norte la zona agrícola del valle de Salinas y Monterrey, de camino hacia San Francisco. La misión La Soledad estaba en esa época bajo la mayordomía de la familia Soberanes, una de las primeras de californios en la región. El nombre de un Soberanes, Félix, aparecerá en uno de los capítulos del relato de Mauricio González, referente a las luchas de Fremont y Stockton con la población californiana. Para más notas sobre la familia Soberanes véase Antonio CORTIJO OCAÑA, Adelaida CORTIJO OCAÑA y Enrique PORRÚA MARTÍNEZ, *The Soberanes family of Alta California: A Genealogical Study*. Berkeley: Bancroft, 1997, BANC MSS 98/101 c. Para más información al respecto véase Nuestra Señora de la Soledad mission records, ms., 1791-1849, Bancroft Library, Berkeley; para un mapa de la misión de 1854 véase *Mission La Soledad*, surveyed by G. Black, C. E., sep., 1854, Berkeley, Bancroft Library. La misión se fundó el 9 de diciembre de 1791.

ca de allí dormía. Cuando por fin me di cuenta de su presencia grité aterrorizado, haciendo que la osa se levantara de repente con un gran ruido, y la mula, enormemente asustada, me arrojó al suelo a cuatro o cinco yardas (seis metros) de distancia. Aterrorizado por la osa me levanté, cubierto de paja, y corrí a una parte alta del almiar; pero al intentar subir me volví a caer, dejándome en mi agonía. Al mismo tiempo, para colmo de males, la mula se marchó a todo correr.

Luego el mayordomo de la misión, que había presenciado todo, se acercó con tranquilidad y me dijo: "No se asuste, hombre, es un animalillo manso". Yo le respondí que sería verdad lo de que era manso, pero a mí la fiebre me había desaparecido. Y era verdad, el terror me había curado de la fiebre.

Guiando al animal, el mayordomo dijo: "Ven aquí, dormilona, vamos a la casa, no hagas daño al hombre".

Tras esto comimos y seguimos nuestro viaje, sin mayores percances, hasta Buenavista, y de allí a Monterrey, donde me reuní con mis padres.

Durante cierto tiempo atendí algunos negocios en la casa de mi padre, pero como todo el negocio estaba a crédito decidí abandonarlo y dedicarme a mejorar un rancho que el gobierno me había concedido.

Poco después emprendí un viaje a la misión La Purísima⁵ para traer 100 yeguas compradas al señor Wilson,⁶ quien se las había comprado al padre Ramón Abellá.⁷

⁵ La misión La Purísima Concepción, está situada al sur de la de San Luis Obispo y fue fundada el 8 de octubre de 1787.

⁶ Se trata de John Wilson, mercader escocés que llegó a California en 1826. Estuvo casado con Ramona Carrillo de Pacheco y residió permanentemente en Santa Bárbara desde 1836 hasta su muerte en 1860, a los 65 años. Se documenta que en 1845 tuvo algunos problemas con Micheltorena. Fue dueño de las propiedades pertenecientes a la misión San Luis Obispo tras su desamortización y también se le otorgaron los ranchos Cañada del Chorro y Cañada de los Osos. Para más información véase la nota biográfica en Bancroft, *History of California*, v, p. 777. Sobre los sucesos relacionados con nuestro documento véase *History of California*, iv, pp. 498 y ss.

⁷ A principios del siglo xix se documentan colonos anglosajones en el territorio de la Alta California, en su mayoría comerciantes. La familia Soberanes emparentado con la familia Cole, de la zona de Boston. A diferencia de otras regiones en Estados Unidos, la mixtura de la población de origen hispano y la anglosajona no ocasionó problema alguno. Véase la nota 6. Sobre Ramón Abellá, español de Monforte, Aragón, se sabe que sirvió en las misiones de San Francisco, San Carlos Borromeo y San Luis Obispo. Sus últimos días, como atestiguan las *Memorias*, fueron en La Purísima, donde murió en 1842; fue sustituido por el padre Juan Moreno. Llegó a México en 1795 y a California en 1798. Los problemas

Como el padre Ramón no estaba en La Purísima, tuve que ir a la misión de Santa Inés, donde lo encontré enfermo y sentado frente al fogón.⁸ Cuando fui a verle le saludé diciendo: “Buenos días, padre Ramón”. Él me respondió: “Buenos días, mono” (pues ésa era una de sus palabras típicas), “¿quién eres tú?, ¿quién eres tú?”. Yo le respondí: “Soy Mauricio González”. “¿Cuál Mauricio González?”. “El hijo de don Rafael”, le respondí.⁹ Él me dijo: “No te conozco”. Y yo le expliqué: “El hijo del administrador de la Aduana de Monterrey”. “Ah, sí, sí, el “registrón”, el “registrón”. “Y, ¿por qué has venido?”. “A traerle las 100 yeguas de La Purísima.” “Ah, en ese caso”, respondió el padre, “tú eres de los de California Libre”, pensando que me las habían dado por ayudar a Alvarado en su revolución de 1836.¹⁰ Yo le respondí que no, que las yeguas habían sido vendidas por don Juan Wilson a mi padre. Él me cortó diciendo: “Ven aquí, mono; llama al mono, Jimeno”. Éste era el padre José, que se presentó a su

políticos que se traslucen en el texto datan de su negativa a jurar la Constitución mexicana en 1826. En 1839 fue a vivir a La Purísima, y se negó a compartir techo con Ángel Ramírez, a quien acusaba de innumerables malversaciones y robos. Su estado de salud se documenta desde entonces como precario. Tras tomar cargo del cuidado espiritual de La Purísima en 1842, fue a morir, el 24 de mayo del mismo año, en Santa Inés. Varios documentos y crónicas le documentan como demente en sus últimos días. El padre Jimeno, que aparece mencionado en el documento, escribió una carta en la que acusa a los “no indios” de San Luis Obispo de haber robado al padre. Para más detalles véase Bancroft, *History of California*, iv, p. 647.

⁸ Al sur de La Purísima, fundada el 17 de septiembre de 1804.

⁹ Bancroft en su *History of California*, “Pioneer Register and Index”, v, p. 761, indica que fue un administrador mexicano de aduanas y subcomisario en Monterrey. Recibió su nombramiento en 1829, pero no llegó a California sino hasta 1833, con Figueroa. Bancroft indica que su Diario es una fuente importante para los años 1832-1833. Fue teniente en la guerra de independencia y “an ignorant man of good character”, lo que coincide con el juicio que existía sobre su hijo, tal como reflejaba Savage (véase la “Introducción”). Fue alcalde de Monterrey en 1835. Su mujer fue también mexicana, Carmen Sierra. De 1837-1846 fue comandante de celadores en la Aduana de Monterrey. De 1839-1843 fue miembro de la Junta, y delegado del Consejo General en 1846. Murió en Monterrey en 1868 a la edad de 82 años. Con numerosas propiedades en su haber, era considerado hombre de poder e influencia. Se documenta una demanda de daños y perjuicios que puso al estado de California por la cantidad de 26 200 dólares.

¹⁰ Se refiere a los sucesos de la revolución contra el gobernador Gutiérrez, de 1836, cuando Alvarado era presidente de la Diputación. Del 7 de diciembre de dicho año al 9 de julio de 1839 fue gobernador revolucionario. Desde esa fecha hasta el 24 de noviembre de 1839 siguió actuando como gobernador, ahora ya acatando el poder de México. Ese mismo año se le nombró gobernador constitucional.

llamada preguntando: “¿Qué quiere, hermano?”. Con tono de lamento aquél respondió: “Entrégale a este hombre las yeguas que se han vendido, pues mediante esta compra el hombre ése, Juan Wilson, ha mostrado ayudarme. Ay, Dios eterno, no les tengas en cuenta a las Californias lo que me han hecho; la gran familia que crié de la nada me ha abandonado ahora en mi vejez”.

Me senté a los pies de su cama y pronto entró un hijo de don Domingo Carrillo, saludando al padre.¹¹ A este Carrillo le apodaban “Chambeluco”, que quiere decir “tuerto”. El padre le devolvió el saludo y le preguntó: “¿Quién eres tú?”. “Soy José Antonio Carrillo.” “No te conozco”, dijo el padre. “Soy el hijo de don Domingo Carrillo.” “No recuerdo”, respondió el padre. Entonces Carrillo añadió: “Soy primo de don Antonio Noriega, que era administrador en la misión Purísima”. “Ah, sí, sí”, exclamó el padre. “Dime con quién andas y te diré quién eres. Seguro que eres un ladrón como José Antonio, que me robó en la Misión todo lo que me había enviado don Juan Wilson; y ahora me encuentro aquí en la miseria.”

Carrillo respondió: “¡Cómo! Padre, ¿no sabe lo que enseña la doctrina cristiana?”. El padre inquirió: “¿Y qué dice?”. “Perdona a tus enemigos”, replicó Carrillo. Entonces el padre ordenó: “¡Echa de aquí a este tuerto que pretende enseñarme lo que se me ha olvidado!”

Carrillo salió y al cabo de un rato volvió a entrar disfrazado y saludó de nuevo al padre, quien le preguntó: “¿Quién eres tú?”. Carrillo respondió: “Soy Juan Tenorio”. El padre preguntó que de dónde venía. Carrillo replicó: “De Santa Bárbara”. El padre le preguntó qué nuevas traía. Carrillo le dijo que no había nada nuevo, excepto que algunos americanos estaban yendo a Santa Bárbara. “No digas ‘americanos’”, exclamó el padre, “di ‘mis dueños’”. “¿Por qué tendrían que ser dueños”, preguntó Carrillo. “Porque llegarán a ser los dueños del país y ustedes californios sólo valdrán para limpiarles las botas, pues ustedes no conocen otro país sino éste.”

El narrador le dijo entonces a Carrillo: “No debieras bromear con el padre. Debieras respetar su dignidad eclesiástica y su edad

¹¹ Joaquín Carrillo, hijo de Domingo Carrillo. Fue administrador de La Purísima y juez de Santa Bárbara en 1842. Acabaría comprando el territorio de Santa Inés en 1846, tras desempeñar labores de suplente en la Asamblea. Véase Bancroft, *History of California*, II, p. 744. Sus hermanos fueron José Antonio, Francisco, Alejandro, Felipe, María, Ángela y Antonia. En 1878 Bancroft recibió de su madre, Concepción Pico, unos *Documentos para la Historia de California*, con numerosas noticias sobre la vida y obras de esta importante e influyente familia.

avanzada". Luego le dejamos y yo volví a La Purísima a recibir mis yeguas, que me fueron entregadas. Después de mi viaje a La Purísima me quedé permanentemente en mi rancho, ocupado en mis propios asuntos.

Un día fui a Monterrey, en el tiempo en que Vallejo y Alvarado contendían sobre quién tenía la supremacía.¹² En la tarde, paseando por la playa, me encontré un alga seca con la que hice una corneta. Por la noche, estaba muy clara, toqué con ella las marchas del ejército mexicano. El gobernador lo oyó y llamó a revista a las tropas, creyendo que don Mariano Vallejo venía de Sonoma con fuerza armada para tomar el fuerte y al gobernador. Toda la noche estuvieron las tropas listas para la acción. Al día siguiente el gobernador vino a mi casa, acompañado de don José María Castañares porque pensaba que yo era el corneta de la noche pasada y quería saber qué instrumento había usado.¹³ Yo le mostré la corneta de alga y él me ordenó que tocase marchas de caballería, lo que hice a su satisfacción. Cuando hube terminado habló de su temor absurdo de la noche pasada, diciendo: "¡Caramba!, ¡vaya noche que me hizo pasar!" Yo le dije: "Vallejo está con las tropas armadas en La Lagunita".¹⁴

El gobernador entonces volvió tranquilo a su casa. Yo seguí en mi rancho, siempre ocupado en mis asuntos, hasta que el general Micheltorena llegó con su expedición de San Antonio y entonces tuve el honor de discutir con él, asuntos relativos a la guerra del 15 de julio de 1840.¹⁵ Me pidió provisiones para sus tropas

¹² Mariano Guadalupe Vallejo fue comandante general de California bajo el gobierno de Alvarado, reconocido por México desde 1839. Fundador de Sonoma y al frente de la denominada "frontera del norte", sus dominios se extendían hasta Santa Inés desde Sonoma y Napa. Su poder fue inmenso durante esos años, así como numerosas sus desavenencias con el gobierno de Monterrey. Por instigación suya México decidió unir en uno, los mandos militar y civil en la persona de Micheltorena en 1842, momento en que se desarrollaron los sucesos de las *Memorias* que dan pie a esta nota.

¹³ Su hija fue la mujer de Rafael González, así que es el abuelo de nuestro narrador. Nacido en Puebla, fue oficial de la administración de aduanas bajo el mando de Rafael González. Tras una breve estancia en México regresó a California en 1840, donde desempeñó labores de fiscal y ministro suplente del tribunal en la capital. Se contó entre los mayores defensores de Micheltorena. Desde 1845 residió permanentemente en México.

¹⁴ Hay un paraje de este nombre cerca de Baroyeca, en las inmediaciones de lo que hoy es la Stanford University, al sur de San Francisco, al oeste de la bahía del mismo nombre.

¹⁵ Los sucesos referidos tienen que ver con las disputas que antes se han mencionado con Alvarado y los diferentes pareceres de ambos sobre las relaciones californiano-mexicanas. Las crónicas le retratan de modo contradictorio, como

en el rancho aquella noche y al día siguiente retomó su marcha hacia Monterrey. No le volví a ver por mucho tiempo, hasta que fui a Monterrey.

Mientras iba de viaje a San José Guadalupe escuché en el camino la noticia de que los californios se habían rebelado contra el general Micheltorena y que don José Castro y don Juan B. Alvarado estaban al frente de la revolución.¹⁶ De vuelta a mi rancho con un hato de ganado me salió a recibir uno de mis criados, quejándose de que uno de los soldados le había quitado a la fuerza sus espuelas. Le pregunté dónde estaba el soldado y me dijo "con los pronunciados". Yo fui al soldado y le pedí las espuelas. Me dijo que las necesitaba. El ex-gobernador Alvarado lo escuchó y le ordenó dar las espuelas a "ese traidor", a lo que yo repliqué: "Señor Alvarado, nunca he sido un traidor a mi gobierno, ya haya pertenecido al partido en el poder o no". Entonces él me despidió. De camino a San Juan Bautista¹⁷ me encontré con el sargento Manuel R. Castro,¹⁸ que quería llevarse mi caballo a la fuerza y dejarme sin montura, siendo mi único crimen el ser mexicano, aunque la intervención de don Macario Castro lo impidió.¹⁹

mezcla de carácter fuerte e inteligencia práctica y, a la vez, débil y poco fiable. Pronto se granjeó la amistad de los extranjeros mediante una política de generosa concesión de tierras. Hacia la época que reflejan las *Memorias* se le acusó de romper el Tratado de Santa Teresa, no reprimir los excesos de sus batallones de "cholos" y permitir que Sutter armara a extranjeros e indios contra los californianos. Tras su expulsión de California, que reflejan las *Memorias*, tuvo puestos importantes en la guerra amero-mexicana y llegó a ser miembro del Congreso en 1847 y comandante general de Yucatán en 1850. También se le relaciona de manera poco honrosa en el "suceso Limantour", que se menciona líneas después.

¹⁶ Fundada el 11 de junio de 1797 está en la actualidad situada dentro de la actual ciudad de San José, al sur de la bahía de San Francisco. Respecto a la relación entre Alvarado y José Gutiérrez, nos limitaremos a indicar que Castro fue el principal apoyo de Alvarado en la derrota de Gutiérrez en 1836. Compartió el mando de la comandancia militar de California, en el sur (en el norte estaba Vallejo). Desempeñó diferentes puestos político-militares en Monterrey entre 1837-1840, año en que apresó a un contingente de extranjeros y los llevó a San Blas. Tras un proceso del que salió absuelto en México fue teniente coronel en 1842, así como miembro de la junta, llegando al puesto de comandante general de California tras la derrota de Micheltorena. Véase Bancroft, *History of California*, II, p. 751.

¹⁷ Fue fundada el 24 de junio de 1797, al sur de las misiones de Santa Clara y Santa Cruz.

¹⁸ Manuel Jesús Castro fue de los miembros más activos en la oposición a Micheltorena durante 1844-1845. Apresado, fue objeto de un canje de prisioneros en las campañas de la revuelta civil y comisionado para firmar el pacto de rendición. Más tarde ocupó puestos de importancia en el gobierno de Monterrey.

¹⁹ Sobre Macario Castro no encontramos datos que nos aseguren sobre su persona, aunque posiblemente fue hijo de Macario Castro y Mariana Potenciana Ramírez.

Permanecí en el Rancho de las Aromas y de allí me marché a mi casa.²⁰

Poco tiempo después, Castro y los revolucionarios, de camino a Los Ángeles, pararon en el rancho de Los Ojitos, a tres leguas de San Antonio.²¹ Al día siguiente Castro envió cuatro soldados de caballería con la orden de apoderarse de todos mis caballos mansos. Se llevaron cuatro, puesto que yo había ya escondido la mayor parte. Los cuatro eran caballos de valor. Los ensillaron en mi presencia, castigándolos y abusándolos, diciendo: "Insolentes mexicanos", y se volvieron al rancho Los Ojitos. La mañana siguiente, temprano, fui a Los Ojitos para ver a Castro e intentar conseguir la devolución del caballo que más preciaba. Castro dijo: "¡Fuera de aquí! Necesito ese caballo. Me voy a enfrentar con Micheltorena". Yo regresé a mi rancho.

Seis días después Micheltorena llegó a Los Ojitos persiguiendo a los revolucionarios, acompañado del capitán Sutter, con su caballería de extranjeros y su retaguardia de infantería india.²² Al día siguiente el general mandó con un oficial la orden de que le siguiera, con un carro tirado por bueyes, para llevar municiones y armas. Cuando le dije a mi mujer que partiría, me aconsejó que no fuera, que había un acuerdo entre el general Micheltorena y José Castro; que un ayudante del general había escuchado una conversación entre ellos y que el general en jefe don Rafael Teller

²⁰ Rancho situado en el actual condado de San Benito, en las inmediaciones del de Monterrey.

²¹ Los territorios de la misión de San Antonio estaban en manos de la familia Soberanes, que también tenía, entre otras muchas, la concesión del rancho Los Ojitos. El nombre de este último proviene de las fuentes de agua, "ojos", que había en su interior. Para más referencias bibliográficas sobre dueños y mapas véase Antonio CORTIJO, Adelaida CORTIJO y Enrique PORRÚA, *The Soberanes Family of Alta California: A Genealogical History*. Berkeley: Bancroft, 1997.

²² Ya se ha mencionado con anterioridad el armamento de extranjeros e indios al mando de Sutter y las críticas que tal contingente de lucha recibió con posterioridad. John Augustus Sutter fue un comerciante alemán que llegó a América en 1834 y tras cierto tiempo en Alaska, Oregon y las islas Sandwich estableció una colonia comercial en Nueva Helvecia. En los años inmediatamente anteriores al conflicto armado que relatan las *Memorias* adquirió enormes propiedades del gobierno ruso. Sus luchas de 1844-1845 contra los californios (las relatadas en estas páginas) tuvieron un interés puramente económico y mercantil. Más tarde intentó vender muchas de sus propiedades al gobierno mexicano. La concesión de tierras de que fue objeto por Micheltorena en 1845, después fue rechazada por el gobierno mexicano. Murió en Washington en 1880 a los 77 años. Se conservan de él sus *Personal Recollections*, dictadas a Bancroft en 1876, hoy en la Bancroft Library.

había hablado en público de la conversación, que había tenido lugar en una esquina de la casa ocupada por Micheltorena.²³

Yo permanecí firme en mi intención de seguir al general, sin decirle a nadie lo que mi mujer me había advertido y llevando el equipo solicitado. El día que me uní a él dejamos Los Ojitos sin novedad y fuimos a rancho Pleito, donde comimos y pasamos la noche. La noche siguiente la pasamos tranquilamente en misión San Miguel.²⁴ Al día siguiente, en Paso Robles,²⁵ no hicimos nada sino seguir las huellas y recuperar los caballos que se habían cansado y extraviado. El capitán Estrada ordenó que se les cortaran las crines y colas, sabiendo que los californios no los montarían en ese estado.²⁶

Al día siguiente llegamos a San Luis Obispo, donde capturamos a un espía de Castro, llamado José María Espinosa, que se encontraba de emboscada, inspeccionando las tropas del general, ante quien fue conducido, para pasar después a la vigilancia de la guardia principal.²⁷ Poco después tomaron prisionero a Miguel Ávila, quien dijo que estaba esperando la goleta "California", que debía llegar al puerto de San Luis con dinero para el general, aunque no había llegado. Al dicho Ávila se le puso al cuidado del capitán Sutter, habiendo tomado antes la precaución de cambiar su caballo bueno y ensillado por uno cansado y con montura india.²⁸

²³ El nombre, equivocado en las *Memorias*, es Rafael Téllez, teniente coronel del batallón hijo de Micheltorena en 1842. En 1844 se le envió a México. Se cuenta que murió ahogado en un barril de mezcal, aunque Bancroft duda de tal aserto. *History of California*, v, p. 744.

²⁴ Aunque no hemos encontrado noticias de tal rancho, sí de un mapa topográfico del "Cuadrángulo de las Colinas Pleito", en la Bancroft Library, con signatura G3700 svar. U6 CA Pleito Hills. La misión San Miguel Arcángel mencionada líneas después forma un triángulo con las de San Antonio y Soledad y fue fundada el 25 de julio de 1797.

²⁵ Forma, en efecto, un paso hacia la región de San Luis Obispo, al final del estrechamiento que comunica el valle de Salinas y Soledad con esta región.

²⁶ Probablemente se refiera a Pedro Estrada, documentado en la *History of California* de Bancroft, II, p. 793, como subteniente de milicia y con propiedades en San Francisco y Asunción.

²⁷ Sólo localizamos un José Espinosa, regidor de Monterrey en 1832 y documentado en la misma ciudad en 1850.

²⁸ Se trata del hijo de José Santa Ana. Nació en Santa Bárbara y se educó en San Francisco. Ostentó diferentes puestos administrativos en Monterrey (notario entre otros). Se le concedieron tierras en San Miguelito y La Laguna. Con posterioridad al enfrentamiento civil que relata el documento fue alcalde de San Luis Obispo en 1849. Murió en 1874.

Al día siguiente llegamos al rancho Todos Santos con los prisioneros.²⁹ Por el camino le atamos a José María Espinosa las manos a la espalda, y el extremo de la cuerda a la embocadura del cañón, que estaba cargado y montado sobre una carreta tirada por una yunta de bueyes. Por delante, como de vanguardia, había dos piezas de artillería del calibre tres, bien montadas y tiradas por bueyes. Los soldados encargados del cañón eran Juan Caballo, dos llamados Matrero, “El Coyote” y otros que no recuerdo.³⁰ Para pasar el tiempo simularon unjuicio marcial sobre el prisionero Espinosa quien creía que le iban a matar de verdad. Juan Caballo les decía a los otros: “¡Quítense del medio. Voy a disparar el cañón y poner fin a sus sufrimientos”. Cuando el soldado fingió que encendía la mecha del cañón, el prisionero encogió todo su cuerpo, dio un profundo suspiro y se apartó de la embocadura. Los soldados siguieron el juego, diciéndole que no debía hacerlo, que todos iban a morir, a lo que Caballo dijo que les iban a disparar para apoderarse de sus vacas. Luego le preguntaron cuántos soldados había, para ver si se habían contado adecuadamente. Este martirio del pobre Espinosa continuó hasta que llegaron al rancho Todos Santos, donde dormimos aquella noche.

Al día siguiente, antes de continuar nuestra marcha, el general ordenó que se llevaran a su presencia los prisioneros. Les dijo que volvieran a sus casas y cultivaran sus tierras y que no volvieran a meterse en asuntos políticos cuyas causas desconocían y cuyos propósitos no comprendían. Miguel Ávila rehusó marcharse en las condiciones estipuladas por el general y dijo que iría en su defecto a México a denunciarlo por su detención a la fuerza. A esto el general replicó que mientras quisiera poner la denuncia sería un prisionero a cargo del capitán Sutter. Ávila capituló: “No, señor; me voy inmediatamente tan pronto como me den mi caballo y mi silla”. Se le dieron caballo y montura y se alejó a galope.³¹

Concluido este asunto sonó el último toque de corneta llamando a la marcha y el general fue al frente en su calesa, acompañado por don José María Cañizares.

²⁹ Existe en la actualidad un rancho de este nombre en el condado de Santa Bárbara, como parte del Mission Oaks Ranch.

³⁰ Ningún documento o referencia encontramos sobre estos divertidos soldados de tropa.

³¹ No se documenta que Ávila marchara jamás a México, como amenazaba. Para más información véase sus *Cosas de California* y *Documents for the History of California*, en la actualidad en la Bancroft Library y antaño entregados a Bancroft por la viuda de Miguel Ávila, María Inocenta.

Marchamos hasta la ex-misión de Santa Inés, donde nos quedamos dos días, decidiendo cuál de dos caminos, igualmente malos, habíamos de seguir, uno llamado colina Gaviota, el otro colina Santa Inés.³² El general se decidió al fin por el de Gaviota. En un rancho también con este nombre, situado al pie de la colina, tuvimos la larga y dura tarea de abrir el camino con pico y pala, haciendo rodar grandes piedras hacia abajo, para poder conducir la artillería hasta Dos Pueblos, donde pasamos la noche.³³

Por la mañana continuamos nuestra marcha sin más novedad y llegamos a Santa Bárbara hacia mediodía. A nuestro cargo se puso al padre González, por orden del obispo, García Diego, quien se aproximó a nosotros con sus hábitos morados por un lado de la ex-misión para recibir al general.³⁴

Mientras las tropas descansaban, hacia las cuatro de la tarde, el obispo envió a un asistente llamado Doroteo Ambris³⁵ y a cuatro neófitos a remover el ataúd del general Figueroa³⁶ del pan-

³² Resulta difícil imaginarse a qué dos caminos se refiere el documento. Es probable que el primero sea el que desde la misión llega hasta la actual Punta Gaviota, que hoy día sigue el trazado de la carretera 101. El segundo debió ser el que atravesaba las montañas del actual parque Los Padres y bajaba hasta la ciudad de Santa Bárbara por el camino San Marcos. Ambos debieron ser penosos en la época, aunque el trazado actual recomendaría, como así se hizo, el de Gaviota, aunque algo más largo.

³³ No hay planos antiguos de este rancho, aunque sí uno actual realizado con objeto de las explotaciones petrolíferas del momento: Robert N. Williams, Santa Anita & Gaviota Ranches, Hollister Estate Company (Rancho Nuestra Señora del Refugio, Calif.), 16 de mayo de 1962. Bancroft Library. Dos Pueblos, en efecto, es el último lugar habitado al salir de la zona de Santa Bárbara y Gaviota en dirección norte hacia la Punta de Gaviota.

³⁴ El padre José María de Jesús González nació en Guadalajara en 1803 y se educó en Zacatecas, en el Colegio de Guadalupe. Llegó a California en 1833. En 1842 fue vicepresidente de las misiones del norte. Desde 1846, fecha del relato, sirvió en Santa Bárbara y a la muerte del obispo, de quien fue vicario, fue nombrado ese mismo año gobernador de la diócesis. Murió en Santa Bárbara en 1875, de acuerdo con Bancroft, *History of California*, III, p. 760, "the last survivor of the California missionaries, a man respected and beloved by all". A García Diego le substituyó en el puesto de obispo Alemany en 1850.

³⁵ Doroteo Ambris fue un indio neófito que desempeñó el puesto de subdiácono en Santa Inés, tras ordenarse sacerdote. Sirvió en Monterrey, según atestigua Bancroft, *History of California*, II, p. 696, entre 1846-1851, aunque no de manera constante. De él dice Bancroft, como curiosidad, que "was an ignorant man, and reputed more or less vicious. However, he gave me some old papers, which covers a multitude of sins, in my eyes". Murió en 1880.

³⁶ Figueroa se refiere a José Figueroa, comandante general de Sinaloa y Sonora y gobernador de California entre 1833-1835. Su actuación se recuerda como una de las mejores entre los dirigentes políticos del país, aunque existen numerosos relatos de su falta de modelidad en asuntos morales.

teón para que tomara su lugar el de una mujer prominente de Santa Bárbara que había muerto hacía poco. Ambris ordenó que se descubriera el ataúd del general Figueroa y que los huesos fueran incinerados. Al abrirlo salió una especie de vapor que se desvaneció en el aire, sin que quedara en el ataúd nada, excepto los zapatos y la empuñadura de la espada, que era de oro. Un inglés que estaba presente, soldado de Sutter, dijo que el proceso de embalsamamiento había sido defectuoso, pues se había usado demasiado arsénico, lo que había consumido el cadáver. El ataúd fue luego devuelto a su lugar.

Al día siguiente partimos hacia San Buena Ventura, pero en una caleta encontramos marea alta y no pudimos pasar.³⁷ La lluvia caía a torrentes. Entonces llegó un mensajero con cartas de José Castro y de don Juan Bautista Alvarado. Como ya estaba oscuro el general encendió una cerilla y leyó solo la carta de Castro; la de Alvarado la leyó en presencia de Castañares y del comandante Valdés,³⁸ porque Alvarado le insultaba en ella. Poco tiempo después llegaron el capitán Noriega, don Ignacio Luga y otros señores que no recuerdo para hacer las paces con el general, creyendo que la guerra era una cuestión de buena fe y deseando que no se derramara sangre en ningún bando, pues ya habían soportado todos los rigores de una tormenta para llevar a cabo esta misión.³⁹ El narrador y don Mariano Bonilla estaban intentando dormir bajo la calesa del general, aunque estaban completamente empapados.⁴⁰ El general no aceptó ningún acuerdo propuesto por ellos.

³⁷ Misión situada al sur de Santa Bárbara, fundada el 31 de marzo de 1782. El paraje al que se hace alusión no ha podido ser identificado. Quizá se refiera a la salida de Montecito, o a alguno de los dos tramos de varios kilómetros de extensión entre Santa Bárbara y Ventura en los que las montañas tocan el océano, pues allí no habría posibilidad de pasar a no ser que el terreno estuviera seco.

³⁸ Con este apellido, y de nombre Félix, se documenta un oficial del batallón fijo que aparece mencionado varias veces en sucesos de 1844. Tuvo concesiones de tierras en Temécula. Véase Bancroft, *History of California*, v, p. 754.

³⁹ No hemos podido recoger dato alguno sobre este Lugar.

⁴⁰ Se trata de José Mariano Bonilla, abogado y profesor mexicano, educado en el Colegio Nacional de México. Desempeñó puestos administrativos en San Luis Obispo. Luchó con Micheltorena en 1845 y después fue fiscal del tribunal superior, juez y alcalde de San Luis Obispo en 1846-1848, juez del condado y procurador. "Though not always in sympathy with the Californians [he was] one whose advice, by reason of his superior education, was always in demand". Bancroft, *History of California*, II, p. 724. Murió en 1878, año en que también se le entregaron a Bancroft sus papeles, parte de los *Documents for the History of California*.

Tras tres días de soportar las inclemencias del tiempo y de comer almejas, el general mandó llamar a los caballeros que le habían propuesto la paz, porque con las tropas de Castro marchaban varios de los artilleros de Sutter a quien Castro había tomado prisioneros. Una vez que éstos regresaron con el general Micheltorena, le informaron que era imposible ir a San Buena Ventura, que las defensas eran muy fuertes y Castro tenía un gran contingente. Deseando regresar, Micheltorena se reunió con los oficiales, que le dijeron que no era honroso volver, habiendo rechazado las propuestas de los que querían firmar la paz. Se dio entonces la orden de marchar y cuando hubimos pasado la zona de la costa avancé con dos asistentes para investigar al enemigo. Descubrí al coronel Castro a caballo encima de un montículo de arena. Cuando vio las tropas de Micheltorena tocó retreta. Subimos al parapeto pero ya no vimos al enemigo y procedí con mis asistentes a demolerlo. Estaba hecho de tierra y pencas de nopal y tenía unos tres pies de altura (un metro). Habiendo abatido buena parte del mismo pudimos pasar al otro lado sin dificultad. Llegué con los asistentes a la misión de San Buena Ventura y allí encontramos dos soldados de caballería de Castro y otro montado con el dorso desnudo y la montura al revés, muy borracho. Para divertirme, pero sin hacerle daño, le estaba tocando con la lanza que llevaba cuando se puso a gritar: “Muerto estoy”, y se marchó rápidamente al galope.

Volví a la colina para investigar si el enemigo estaba de emboscada. Allí me encontré con el capitán Sutter, que me dio una reprimenda y me aconsejó retirarme antes de ser capturado por el enemigo. Fui luego a la misión con mis asistentes. Allí vi al capitán De la Torre al otro lado del barranco, con unos 200 soldados de caballería en formación de batalla.⁴¹ Como esperaba al general, retorné para darle la información y le encontré ya alojado en un edificio de la misión. Esto era sobre las tres de la tarde. Le dije lo que había visto y me respondió: “Déjelo. Las pobres criaturas no saben lo que hacen”, y siguió sereno sin dictar ninguna orden. Al rato llegó hasta él Luis Calero, un oficial de la

⁴¹ Se trata de Gabriel de la Torre. Se le documenta como capitán de defensores en los años inmediatamente precedentes a la guerra reflejada en las *Memorias*. Luchó contra Micheltorena y Estados Unidos bajo Castro y Flores hasta la firma del tratado en 1847. Parte de sus hechos, junto a los de su hermano Joaquín, pueden leerse en las *Reminiscencias*, escritas por Esteban de la Torre, hermano de los anteriores y en depósito en la Bancroft Library.

Maestranza,⁴² y le rogó que le permitiera escoger doce soldados y el cañón con su carro de transporte e ir a luchar contra los federachos (californios). El general se lo concedió y en marcha con los doce hombres y la pieza de artillería encontramos al enemigo en formación, y a una distancia de unas 2000 yardas (2000 metros) nos pusimos nosotros también en formación de batalla. Uno de los soldados del capitán De la Torre, llamado Simplicio Valdés, intentó llegar hasta nosotros a espada desnuda, pero el capitán se lo impidió.

Comenzamos la batalla simulada descargando el cañón, y al oír el sonido de la explosión y el silbido de la bala todos se volvieron y huyeron con su capitán, encabezados por el valiente Simplicio Valdés.⁴³ Disparamos un segundo cañonazo que entró en la barranca a donde habían huido y se pusieron a correr incluso más rápido. Castro y Alvarado no estaban presentes en esta ocasión.

Volvimos a la misión y el oficial Calera le dijo al general que el enemigo no nos había atacado.⁴⁴ El general sólo repitió su expresión: "Pobres criaturas, no saben lo que hacen".

El general me encargó, con los asistentes, proteger a algunos indios que iban a llevar ganado al rancho, cosa que hice. Vimos a tres de los soldados de Castro que planeaban capturar a los indios. Volví y se lo conté al general, quien ordenó que doce soldados de caballería, bajo el mando de un sargento, escoltaran a los indios. A la vista de la caballería el enemigo se retiró, la mayor parte a pie porque sus caballos estaban muy cansados. Los doce hombres de caballería no les persiguieron, pues no tenían órdenes de hacerlo.

Volvimos a la misión con el ganado que necesitaban y nos acuartelamos allí por la noche, tomando todas las precauciones necesarias para evitar un ataque sorpresa del enemigo.

Al día siguiente retomamos nuestra marcha y nos encontramos en el camino con don Demesio Domínguez (californio),⁴⁵ quien se nos unió como guía. Por la tarde llegamos al rancho Triunfo, donde el mayordomo salió a recibir al general, dicién-

⁴² No se documenta soldado alguno con este nombre en los registros que hemos consultado.

⁴³ De Simplicio Valdés, mencionado líneas después, sólo se sabe que fue arrestado en 1845 por conspiración. Véase Bancroft, *History of California*, v, p. 754.

⁴⁴ Posiblemente error por Calero (Luis). Véase nota 38.

⁴⁵ Se conocen varias menciones de un Demesio Domínguez entre 1831-1848 en la zona del sur de California, así como en el rancho Virgenes. Véase Bancroft, *History of California*, II, p. 782.

dole: “¿Cómo está, señor Micheltorena? ¿Usted es el hombre que va a luchar con esos federachos?” El general respondió: “Sí, hombre”, a lo que replicó el mayordomo: “Entonces cuidado que no le den el lazo”. El general respondió: “Mientras vemos si lo hacen tú te vas a buen racaudo”, lo que hizo y fue arrestado.

Hacia las tres de la mañana vino un mensajero de Alvarado con dos cartas. El general leyó en voz alta la de Alvarado donde éste lo insultaba y lo retaba a luchar. El general permaneció silencioso hasta que el mensajero, un extraño, pidió una respuesta, porque tenía que irse. Entonces el general le dijo que al día siguiente lucharían a punta de bayoneta.

El general revisó el contenido de la carta de Castro sin comentar nada.

Demesio Rodríguez reconoció el caballo que traía el mensajero y se lo quitó, dándole otro.

Como el mayordomo era prisionero, el rancho estaba solo aquella noche, y algunos soldados aprovecharon la oportunidad de matar todos los pollos y pavos, sin dejar ni uno. Más tarde el general ordenó que le llevaran al mayordomo a su presencia y le dio algunas advertencias y consejos y le dejó libre. El comandante Valdés amolestó al soldado que llamaban “Coyote”, preguntándole que por qué había robado a los pollos. El soldado replicó que “ya hacía días que no le había dado por la pluma”.

El general ordenó que el corneta tocara marcha, diciendo: “Toca marcha, Culebra”, y seguimos nuestro camino hacia el rancho Cayegüis,⁴⁶ llegando aquella misma noche. No había allí pasto para los caballos, así que el capitán de la remuda, Nicanor Estrada,⁴⁷ ordenó que los llevaran a los viñedos. También se llevaron a los bueyes, y allí pasamos la noche.

Al día siguiente marchamos al rancho Encina,⁴⁸ enfrente de la misión de San Fernando, donde sin novedad pasamos la noche.

⁴⁶ No hemos podido encontrar referencias de este rancho. No parece referirse a los más próximos fonéticamente a él, esto es, el rancho de Caymus y el de San Cayetano, ambos en Sonoma, al norte de California, propiedad de José de Jesús Vallejo.

⁴⁷ Se trata de un herrero mexicano, refugiado político. Se le documenta activo en las luchas político-militares desde 1834, contra Alvarado primero y con Micheltorena desde 1842. Su mujer se llamó Guadalupe Díaz. Es posible que regresara a México tras la derrota de Micheltorena. Véase Bancroft, *History of California*, II, p. 793.

⁴⁸ Debe tratarse del rancho Encino, en el valle de San Fernando, al norte de Los Ángeles. Véase la tesis de doctorado de Bruce R. CARPENTER, *Rancho Encino: It's historical geography*. UCLA, 1948. La misión San Fernando Rey de España fue fundada el 8 de septiembre de 1797.

Aquí se puso la tienda de la compañía de don T. M. Castañares a disposición del general. La mañana siguiente, al alba, el enemigo lanzó una salva y el general ordenó que se hiciera lo mismo en respuesta, tras la que siguió otra del enemigo. El narrador le dijo al general: “Qué educados son que repiten el saludo”. El general respondió: “Dejémosles que malgasten pólvora”. Esto fue a unas dos millas. Dos horas más tarde el general ordenó que se tocara marcha, dirigiéndose por la carretera a través del llano. Como a una milla más o menos después apareció don Andrés Pico con veinticinco soldados de caballería,⁴⁹ atrayendo nuestra atención. El narrador les dio el alto, pero ellos no se detuvieron. Entonces Demesio Rodríguez propuso al general que se convocara al enemigo en la mitad del llano situado al pie de las colinas, pues era una posición de poder y había algunas excavaciones donde se podían ocultar los tiradores. Cuando nos presentamos ante el enemigo nos dispararon. El general entonces nos ordenó detenernos y formar un cuadro, con trece soldados de caballería del gobierno a la izquierda y la infantería a la derecha. Adelante, la infantería india de Sutter. En la retaguardia la caballería del capitán Estrada y luego la caballería extranjera de Sutter. Tras habernos formado se pusieron en posición las tres piezas de artillería, de cara al enemigo.

En este punto el enemigo mandó emisarios al capitán Sutter, que estaba en un arroyo. Los emisarios eran Andrés Pico, Santiago McKinley y otros extraños.⁵⁰ El resultado de la conferencia fue que el capitán Sutter marchó hasta el enemigo con sus indios

⁴⁹ Hijo de José María Pico, nacido en San Diego en 1810. Activo entre 1836-1838 contra el gobierno de Monterrey. En 1844 fue enviado a México por Micheltorena para obtener fondos. A su regreso se recibió como teniente de la compañía y capitán de defensores a la organización de la milicia de Los Ángeles. Se le hizo entrega más tarde de los territorios de la misión de San Fernando y de la de San José. A la huida de Castro en 1846 quedó al mando de las tropas. Tras su rendición y encarcelamiento, y tras una posterior huida, sirvió como tercero bajo Flores. Este le cedió todo el mando en 1847 y él fue quien firmó con Fremont el Tratado de Cahuenga. Llegó a ser senador del Estado de California en 1860-1861. Véanse los *Papeles de Misión* que le entregó a Bancroft y se encuentran en la Bancroft Library de Berkeley.

⁵⁰ Se trata de James McKinley, marino escocés. Vivió en San Francisco, Santa Bárbara y Monterrey (como agente comercial del capitán Cooper) para luego residir en Los Ángeles, donde fue dueño del Ayacucho. Tomó una parte muy activa entre 1844-1845 en la organización de los extranjeros en el sur de California contra Micheltorena. Fue dueño de las tierras de las misiones de San Juan Capistrano y San Luis Obispo. Murió en 1875. Su mujer fue Carmen Amesti. En la Bancroft Library hay una carta de su madre. Véase Bancroft, *History of California*, iv, p. 725.

y su caballería extranjera. No puedo imaginar los motivos que le impidieron disparar sobre el traidor y sus tropas. Los podría haber machacado a todos con la artillería como estaba cargada con metralla.

Luego comenzó la gran batalla, en la que se dispararon 124 cañonazos, con el resultado de sólo dos caballos del enemigo muertos y una yegua de uno de los indios de Micheltorena herida. El indio saltó y corrió a un barranco gritando: "Ahora no me importa un higo". Los enemigos disparaban a más no poder, incluso con pedernal. Luego el general ordenó que se tocara la contramarcha. Demesio Rodríguez se presentó al general y le dijo: "No es esencial para el honor de un general mexicano intentar continuar la batalla cuando ya están huyendo los angelinos". Y vio el general desde donde estaban que la mayoría estaba presa del pánico, pues sólo quedaba Francisco Rico al mando de sus artilleros.⁵¹ El general ordenó la contramarcha.

Nos retiramos al rincón de Cahuenga en medio de una tormenta de polvo levantada por el fuerte viento.⁵² Se nos ordenó pararnos en un arroyo y poner los rifles en una tienda, con la artillería todavía preparada cerca de allí. El narrador, con don Mariano Bonilla y Francisco Badillo⁵³ se refugiaron durante la noche en un cañón de las colinas de San Fernando, aunque no era posible dormir por la severidad del frío y la tormenta.

Por la mañana temprano el enemigo vino a la entrada de nuestro cañón y nosotros nos retiramos para no caer prisioneros. De camino a nuestro campamento nos encontramos con el general, que dormía en la tienda de la compañía de Castañares. Le saludé y le dije que el enemigo venía. Me preguntó por dónde.

⁵¹ Natural de Monterrey, las crónicas de la época le describen como miembro activísimo contra Micheltorena (véanse las *Notes* de Larkin en la Bancroft Library). Participó en la batalla del fuerte de La Navidad como defensor de Flores y más tarde contra él. En la Bancroft Library se conservan sus *Memorias*, relativas a los años 1844-1847.

⁵² Sobre el Paso de Cahuenga en la zona del actual Los Ángeles existe numerosa información. Ver, entre otros, la tesis de doctorado de David JENNINGS, *Cahuenga Pass: a significant gateway through an interregional barrier in the Los Angeles metropolitan area*. UCLA, 1944 y Chester GUTHRIE, *Campo de Cahuenga*. Berkeley, 1936, dentro de la "California Historical Landmark Series (151)". Para el Tratado de Cahuenga de capitulación entre Fremont y Flores véanse los interesantes *Artículos de capitulación*: Cahuenga, Cal., 1847, Bancroft Library, BANC MSS CA 187, en español e inglés.

⁵³ Prisionero mexicano que llegó a California en 1825. Casado con Rafaela García. Fue linchado en 1860 con otro de sus hijos. Véase BANCROFT, *History of California*, II, p. 707.

Le dije que por el Rincón de San Fernando. Envió al capitán Maciel con un espía con telescopio para que observara.⁵⁴ El capitán Maciel informó que estaban muy cerca. El general dio la alarma. Los soldados estaban contentos porque querían derrotarlos. Todos gritaron: “¡Viva México!, ¡viva nuestro general!”, y añadieron: “Sí, camaradas, ahora vamos a jugar un poco y dejar que los californios vean quiénes son los cholas”. El general ordenó que descansaran armas, pues vio que un correo se aproximaba con bandera de paz. En general conferenció con él, pero no accedió a nada de lo que le propuso.

Un poco después, cuando los artilleros del enemigo estaban en nuestra retaguardia, comenzó a rodearnos un círculo de fuego que habían encendido en el matorral de la llanura. Sin embargo, no nos alcanzó por la dirección del viento. En ese momento llegó⁵⁵ a nuestro campamento, a una distancia de unas 500 varas, y desde allí llamó a don José María Castañares, que se quedó con Pico cuatro o cinco minutos. De vuelta Castañares llamó al general para decirle que José Castro quería hablar con él. El general avanzó una distancia de unas 1 000 varas enfrente de sus tropas, donde él y Castro se sentaron en el tronco de un sauce muerto a conferenciar. Pico y Castañares, a medio camino de ellos, se divirtieron jugando al tángano.

La conferencia duró cuatro horas, y el general volvió a su campamento para tener una entrevista con sus oficiales. Luego se dirigió a las tropas, diciendo que había llegado a un compromiso con Castro: “Ofrece enviarnos en un barco a nuestro país; rueguen a Dios que llegue un barco que nos pueda llevar”.

Entonces los soldados le rogaron que les permitiera salir y cazar al enemigo como salvajes. Pero él les respondió, diciendo que por qué tenían que pensar en seguir luchando y derramar sangre por un país que no les quería; un país dispuesto a lanzarles insultos y oprobios, desde que habían desembarcado en San Diego; que era mejor volver a su propio país, donde les querían. Las tropas gritaron “¡Viva México y el general Micheltorena!”.

Luego que se conocieron los resultados de la entrevista llegaron seis dragones de Castro con catorce reses para las tropas. Se

⁵⁴ Sólo hemos podido documentar a Luis G. Macial, teniente mexicano que formó parte del batallón fijo, aunque se le suspendió en 1843. Aparece entre los firmantes del Tratado de Santa Teresa en 1844. Bancroft, *History of California*, IV, p. 727, no documenta su presencia en territorio californiano con posterioridad, aunque obviamente estaba en la región de seguir estas *Memorias*.

⁵⁵ En blanco en el original, con el espacio previsto para poner el nombre, posiblemente Pico.

mataron dos y tras el almuerzo se comenzó la marcha hacia el puerto de San Pedro,⁵⁶ bandera al viento, con redobles de tambor y agitando las insignias de artillería.

Llegamos al rancho Palos Verdes y nos quedamos allí quince días,⁵⁷ comiendo carne, hasta que llegó el barco. El general recibió chocolate fino de José Castro y un vino selecto que le llevó don Pedro Vignes.⁵⁸ Antes de que llegara el barco, Limantour vino a ver al general y tras una larga conversación dejó una carta oficial del administrador de la Aduana de Mazatlán que decía que asumiría cualquier gasto en que se incurriera por el general. Limantour salió para Mazatlán dos días antes de que Micheltorena se marchara en barco.⁵⁹ El barco de Limantour era un cañonero cargado con vinos y aguardiente de California.

Por fin llegó el barco y el general y sus tropas bajaron a la playa. Don José Antonio Carrillo y un tal señor Palomares estaban allí esperando,⁶⁰ comisionados por Castro para recibir la artillería. El general ordenó que se quitaran las armas y las tropas se embarcaron. Hecho esto, el narrador y José Rangel fueron llamados y a mí se me ordenó ir a Los Ángeles y entregar la artillería a José Antonio Carrillo,⁶¹ lo que hice, tras ser despedido.

⁵⁶ Véanse Dakin Publishing Co., San Pedro, Los Angeles Co., Cal.; Bay Point, Contra Costa Co., Cal.; Lake View, Santa Barbara Co., Cal.; Sycamore, Fresno Co., Cal.; Los Alamos, Santa Barbara Co., Cal. Scale [1:600]. 50 ft, 1 in. 5 maps on 1 sheet: hand col.; 53 x 31 cm., Berkeley, Bancroft Library, MICROFICHE 2089 no. 28.

⁵⁷ Véanse Henry HANCOCK, *Plat of the Rancho Los Palos Verdes [Calif.]: finally confirmed to Jose Loretto Sepulveda et al., surveyed under instructions from the U.S. Surveyor General*. September, 1859, Bancroft Library.

⁵⁸ Sólo hemos documentado a Jean Vignes, sobrino de Luis, que llegó en 1834 a Los Ángeles a bordo del "Don Quixote" para reunirse con sus parientes de Los Ángeles. Para el "Don Quixote" véase "La Alta California en el siglo XVIII a través de algunos documentos inéditos", de Antonio CORTIJO, Adelaida CORTIJO, Enrique PORRÚA y Julie SPENCER RODGERS en este mismo número de *Historia Mexicana*.

⁵⁹ Joseph Yves Limantour, comerciante francés afincado en México que llegó a California en 1841 en el "Ayacucho". Regresó a México y volvió esporádicamente a California en 1843, 1844, 1847, 1852 y 1853. Durante su visita de 1843-1844 ofreció pertrechos a Micheltorena, y recibió en pago numerosas concesiones de tierras. Más tarde, en 1858, fue sujeto de un sonadísimo caso de falsificación de documentos de propiedad inmobiliaria durante las "land claims", sus peticiones fueron rechazadas por el gobierno estadounidense. El exgobernador Micheltorena participó en tales falsificaciones. Murió en México, D. F., uno de los residentes más adinerados. Véase BANCROFT, *History of California*, iv, p. 714.

⁶⁰ Parece tratarse de Francisco Palomares, residente en San José y miembro activo en las luchas de independencia. Véase su *Memoria*, conservada en la Bancroft Library.

⁶¹ Juan José Rangel, prisionero mexicano a quien se dio libertad en 1834. Véase Bancroft, *History of California*, v, p. 688.

En el puerto quedaban numerosos perros que habían dejado los soldados. Palomares hirió a algunos con su lanza mientras decía: “¡Ah, cholos!”. Yo le dije que si los dueños estuvieran presentes no heriría a los perros. Carrillo intervino para prevenir una pelea.

Tomamos el camino de vuelta a Los Ángeles y tras recorrer cierta distancia Palomares sacó una botella de aguardiente y señaló que tenía más consistencia que la sangre de Micheltorena. Yo le respondí que si el general estuviera presente no podría competir con su espada, pues el general era un bravo caballero. Por segunda vez Carrillo intervino.

Cuando llegamos a Los Ángeles nos encontramos junto a una cortina de la plaza a una mujer vieja vestida con bolsas de lana de las usadas para filtrar licor, llamada De los Negros. Estaba gritando: “Viva el ejército del norte! ¡Muerte a los cholos!” Carrillo y Palomares la reprendieron.

Entregué la artillería al señor Carrillo y tras dos días de estancia retorné a mi casa, deteniéndome en la misión de Santa Inés con la orden del general de que el padre fray Juan Moreno me diera dos yuntas de bueyes a cambio de las que había dejado en San Pedro.⁶²

El padre dijo: “No hay bueyes. Las órdenes del gobernador saliente no son las mismas que las del que viene”. Y no me dio nada.

Yo seguí mi viaje hasta Monterrey con la intención de alcanzar al general y recuperar algunos documentos que habían pasado desapercibidos en la Secretaría. Era demasiado tarde; ya había embarcado para México.

Revisión de traducción Lucrecia ORENSANZ

⁶² Sólo documentamos un Juan Moreno, padre español que llegó a California en 1827 y sirvió en cinco misiones. Murió en Santa Inés, al decir de Bancroft (*History of California*, iv, p. 745) en 1845, lo que contradice la cronología de las *Memorias*.